

Mariano Picón-Salas

EL EROS HISPANOAMERICANO (1)

DENTRO de los instintos primarios del hombre y de la especie, cada cultura, cada ciclo histórico puede experimentar reacciones distintas y crear formas peculiares de expresión. El romántico enamorado necesitaba adobar su requiebro con la fina sal de las lágrimas y cultivó la languidez como la más convincente postura de elocuencia amorosa.

Un contemporáneo como Paul Morand ha tenido la paciencia de comparar en un curioso ensayo sobre «la rapidez» (De la vitesse), páginas de amor de hace ochenta años con páginas actuales, para determinar lo que ha muerto o fué sustituido en las formas corrientes de la galantería y el cortejo erótico. De la misma manera esas formas usuales que no quebrantan el profundo clamor de la especie, varían con la latitud o la raza, y los autores de libros o colecciones pintorescas pueden hablarnos del «amor francés» o del «amor chino». La relación con lo erótico, la labor de pulimento o asimilación que cada cultura realiza con los instintos elementales, asume así una gran diversidad de motivos. Arte, Religión y vida social recogen y elaboran esas conexiones del hombre con las potencias oscuras de la vida. Hay pueblos, como Francia, en donde la relación con lo erótico ha encontrado el reposo aquietador de un estilo que va del desenfadado naturalismo de Rabelais, hasta el epicureísmo intelectual de un Anatole France. Sentimos esa forma peculiar del amor francés que se expresa en la trasposi-

(1) Continuamos la publicación de estos ensayos interpretativos de la vida colonial hispanoamericana, iniciados en el número de Octubre de 1932 de nuestra Revista y de que es autor Mariano Picón-Salas.

ción inteligente de lo pasional, en la graciosa confianza de la Naturaleza, en la sabia economía del goce; y ponemos frente a el—como contraste—la desorbitada pasión española como pueden expresarla hecha tortura, hipérbole, celos y sospecha las ensangrentadas comedias calderonianas. Entonces dentro de un grupo de pueblos que manejan valores morales y religiosos semejantes, distinguiríamos la fisonomía de un Eros francés y un Eros español.

Bajo el nombre de Eros quiero comprender no sólo la comunicación de los sexos, sino más bien—como lo va haciendo la Biología moderna—todas aquellas manifestaciones de desbordada pasión que no se justifican a la luz de una conciencia fiscalizadora. Todo lo que según la metáfora de Freud, logró penetrar por la puerta angosta de nuestros actos. Y como vamos a hablar del hombre hispanoamericano, es preciso ver cómo la pasión originaria del español que creó nuestra vida social, hubo de experimentar las influencias de la tierra nueva, de las supersticiones y las religiones indígenas, el choque de las razas, el hibridismo y el mestizaje. Muchos documentos de nuestro pasado reservarían al biólogo o al psiquiatra, la imagen de una excitada o torturada humanidad, si lograra aislarla de las formas accesorias en que la calurosa pasión suele esconderse: el motivo religioso, la teoría del Honor, la querrela administrativa.

Don José Toribio Medina recogió en macizos volúmenes los procesos inquisitoriales de la Colonia en Chile y el Perú, pero preocupado de cotejar fechas no supo valorizar el material etnológico de poderosa y a veces terrible vitalidad, que se revolvía —como la pasión misma del hombre criollo—, en los párrafos de tediosa y curialesca escritura.

Con algunos de sus datos y de otros cronistas, vamos a dar esta imagen del Eros colonial, forma de pasión mestiza, en cuya herencia desembocan el ímpetu y arrebató español, la superstición y el tabú indígena, el terror y la sensualidad del negro.

El panorama es menos plácido del que suelen ofrecernos otros historiadores de la época colonial. Y pocas veces como en las cárceles del Santo Oficio en Lima, o en las prisiones de El Cuzco o Potosí se viera una humanidad pasional más variada, rostros más extraños, complejos psicológicos más monstruosos. Uno no sabe que inspira más sorpresa: si el crimen o la pasión del procesado, o la interpretación barroca que le suelen dar en su ergotismo antinaturalista los hombres que sirven de jueces.

En el hombre español lo erótico y pasional, suele ser más vivo y determinante que en cualquier otro hombre europeo; es como ha querido probarlo Madariaga, es por excelencia el hombre de pasión. El color rojo—el color fálico para los etnólogos, es un color nacional de España, y dentro del arte y la visualidad española sólo sufre la emulación del color negro. Rojo y negro, pasión y ascetismo, generación y muerte, se corresponden en esta alma extremada. El arte español va así desde el rojo de los sonetos de Góngora—esta capitosa poesía de los claveles—hasta el ropaje negro de las figuras de El Greco. Velázquez, el saludable y robusto Velázquez, hace como ningún otro artista hispánico la síntesis de esos colores extremos, y Góngora los juntó en esta estrofa significativa:

En medio a la tiranía
de tiniebla tan cruel
caído se le ha un clavel.

El sentido erótico y pasional del español es el producto de una larga historia en que pueden desembocar influencias tan lejanas como la de esos hombres mediterráneos de Creta que hacia el segundo milenario conocían las corridas de toros; la coetánea civilización de Tartessos; los ritos sexuales y sangrientos de los fenicios, y el calor y la lujuria africana que impregnaba las danzas lúbricas de esas bailarinas de Cádiz, tan solicitadas y gustadas por la aristocracia del Imperio Romano. Un etnólogo de Cuba, Fernando Ortiz, que ha estudiado las danzas de los negros, ve en el baile español prehistóricas formas africanas, y explica por qué en la América tropical la influencia hispánica y la influencia de los esclavos negros se compenetrán hasta originar la danza criolla (1). El problema es muy vasto para situarlo siquiera en los límites de este ensayo, y quede solamente en calidad de conjetura.

Pero en ningún pueblo europeo, lo erótico toma como en el español, forma más imperiosa y tangible. Este pueblo de soldados no suele ver la mujer sino en el rito del sexo, y todo los viajeros que recorren la vieja España—por ejemplo los de la antología de J. García Mercadal, «España vista por los extranjeros»—, corroboran siempre dos cosas: la determinante pasión mujeriega del hombre nativo (estos mismos viajeros encomian la sobriedad hispánica en el comer y beber), y la escasa

(1) Véase FERNANDO ORTIZ *Hampa Afro-cubana*. Madrid 1906, y para conocer el alma y la mentalidad del negro en América, todos los demás trabajos de este autor.

influencia de la mujer en la vida económica y la vida pública, que produce como contraste una conceptuosa y recargada galantería.

Los terribles celos españoles que dan a la lírica de Calderón un patetismo de melodrama, se explican justamente porque el hombre de la tierra es el mujeriego por excelencia. En el diálogo hispánico de amor el hombre siempre exclama: «Si no me quieres te mato» y la mujer, la sierva, responde: «Si no me quieres, me muero».

Una pasión tan desbordada busca su símbolo en la sangre. El hombre de la raza reclama como otro alguno, la sangre virgen de la doncella. De esta sangre de doncellez, más desvalorizada en climas más fríos y culturas más densamente urbanas, procede en gran parte la ética usual del hombre español, todo ese complejo de valores morales y relaciones de convivencia que integran la *honra* del hidalgo. Y por esta sangre de la mujer—de la mujer que queda como solitaria e incomprendida en medio del drama, levantan sus capas y desenvainan sus espadas, los hombres de la comedia clásica.

La sangre es el mejor precio y el más apetitoso regalo para esta raza pasional. Y esa curiosa francesa Madame D'Aulnoy, que recorrió la Corte de Felipe IV, nos cuenta «que cuando las damas se hacen sangrar, el cirujano tiene gran cuidado de llevarse la venda o algún pañuelo donde haya caído sangre de la hermosa y no dejan de hacer con ello un presente al caballero que la ama, el cual en esta ocasión vése obligado a tirar la casa por la ventana (1)». ¿Qué interpretación daría un sexólogo moderno a esta extraña costumbre del trato amoroso español, en la época de Felipe IV?

Nada de ese vago romanticismo reconcentrado y desprendido de lo real que suele ser frecuente en las razas germánicas. El amor divino de un San Juan de la Cruz busca símbolos corporales, mientras que el amor humano de un poeta germánico como Novalis, se sublima, se descarna hasta lo divino. Y precisamente porque la ruta del Amor en este pueblo católico, está amurallada de tabús o prohibiciones religiosas, porque al español se le plantea una lucha entre el ímpetu de su pasión y la concluyente doctrina del sexto y del noveno mandamiento, el cortejo y la conquista de la mujer es en nuestra raza uno como largo y torturante proceso de excitaciones. Las españolas que conoció Madame D'Aulnoy en el siglo XVII habían elaborado un complicadísimo estilo de galantería, donde cada grado de

(1) Relation du voyage d'Espagne.

avance de la pasión, estaba marcado por uno como ritual favor que otorga la dama. Así el hecho de que la mujer muestre su pie al caballero cortejante significa en esta simbología erótica un privilegio singular, lo que en el lenguaje del tiempo se llama el «último favor». Y observa la propia escritora cómo presumían las españolas de que bajo los pomposos guardainfantes y mirriñaques destacara la gracia del pie. Luciéndolo, tentando con él al caballero, las mujeres hispanas habían llegado a crear un lenguaje de turbadora provocación. Al caballero se exige dentro de este código usual de relaciones eróticas, decisión y sacrificio. El amor es guerra peligrosa donde precisa mostrar valentía. Hablan dos señoras en uno de esos salones del siglo XVII que describe tan bien Madame D'Aulnoy. Dice una: —«Os declaro que, si un caballero hablara conmigo a solas media hora y en todo ese tiempo no solicitara de mí todo aquello que su gusto pudiera desear, quedaríame contra él tan vivo resentimiento, que hasta le deseara la muerte, y a serme posible se la diera. —¿Y le concederías los favores que solicitara?, interrumpe la otra dama. —Esto no es una consecuencia de lo que yo dije, añadió la Marquesa de Alcañices, y tengo motivos para suponer que no le concedería ninguno; pero al menos después de solicitarme, yo no tendría reproche para él, mientras que, si le viera solo en mi presencia y en exceso prudente y tranquilo, tomaría su serenidad por desprecio, pues no deseando hacerse dueño de mis gracias, probábame que no tenían éstas bastante poder para enloquecerle». Y comenta la amable chismosa que suele ser la viajera francesa: «Generalmente se interpone una celosía entre los amantes, pero a veces consiguen trasponer las tapias del jardín y hasta llegar a los aposentos de sus amadas. Su pasión es tan violenta, que ningún peligro parece grande cuando se afronta para lograrla; los amantes llegan a citarse muy serenos hasta en el mismo lecho en que duerme tranquilo el esposo. Nunca se amó en Francia como estas gentes aman aquí; y sin contar los cuidados, atenciones, delicadezas y constancia que muchas veces ocasiona la muerte, me admira más que todo en los amores castellanos la fidelidad y el secreto».

Veamos ahora cómo esta pasión elemental del hombre hispano se exacerba y agudiza en el paisaje de América.

La vida sexual del conquistador en el Continente recién descubierto, presenta dos extremos: o bien anda por una tierra

bárbara de sofocante clima como esas llanuras venezolanas donde los hombres de Felipe de Hutten buscan El Dorado, y donde la excitación del medio ambiente no ofrece el reposo aquietante de la mujer; las mujeres son indias salvajes, distantes, nómades, belicosas. o bien como a Cortés en Tlascala y a Pizarro en El Cuzco, se le ofrece en abundancia el cortejo de las princesas indígenas. En el primer caso el hombre brutalizado por el clima y la terrible vida errante alcanza a sosegar con la india prisionera, y del choque de estas dos almas tan opuestas surgen episodios graciosos o lamentables—según queramos interpretarlos—. como ese que en las estrofas de su crónica nos cuenta de un portugués en Venezuela, el cronista Juan de Castellanos.

Este hijo de Lusitania había capturado para su regalo, una india salvaje en tierras del Lago de Maracaibo. Era el portugués—como después lo da a entender la crónica—un alma lírica y saudosa. Quiso revestir su amor de algunas formas europeas, y el mismo, maternalmente, cosió una camisa para cubrir la india desnuda. Un cura que iba en la expedición la bautizó con el hispano nombre de Teresa, y en muelle hamaca colgada de los altos árboles de la selva, se apresta el lusitano a celebrar su himeneo. Canta a la extraña amada—que naturalmente no lo entiende—amorosas canciones de Europa, en que se ablandan como caricias, los primorosos diminutivos portugueses. La india, constreñida seguramente, por ese instrumento de la tortura civilizada que es un vestido, abandona los brazos de su guerrero—según la maliciosa interpretación del cronista—, «para hacer negocio necesario». Avanza por el bosque, siente otra vez el apetito de la bárbara errancia, y para engañar al portugués que la espera, cuelga de unas ramas la blanca camisa. Desde su hamaca el nervioso amante confunde el continente con el contenido, la camisa con la india. Según Juan de Castellanos

«pensaba lo blanco ser la dama:
más pareciendo mal tanta tardanza,
Le decía: Ven ya, niña Tereya
A os brazos do galán que te deseya.

Viendo no responder, tomó consejo
De levantarse con ardiente brío
Diciendo: cuidas tú, que naon te veyo?
Véyote muito bien per o atavío.

Echóle mano, más halló el pellejo,
de la querida carne ya vacío:
Tomóse pues, con solo la camisa
y más lleno de lloro que de risa.

Frente a la soledad urgida de este portugués en un paisaje de selva venezolana, contrasta la abundancia de que pueden disfrutar los hombres de Cortés y Pizarro en los palacios aztecas e incaicos. En este caso la contención monogámica que la Religión imponía al hombre hispano, se relaja completamente, y los armados caballeros de El Cuzco a fines del siglo XVI que nos describe el Inca Garcilaso asistían a las fiestas feudales de la ciudad, seguidos de sus «ñustas», de sus princesas incaicas trocadas en mancebas. El propio Garcilaso—el primer poeta criollo, el hombre americano en quién despunta por primera vez la nueva sensibilidad mestiza, debe sufrir la pena de ver relegada a su madre incaica por la linajuda y menos hermosa señora, que viene de España. Así se lamenta en la fina prosa poética de El Inca una tristeza de bastardía.

¿Cómo influye esta mezcla de razas y de costumbres eróticas distintas, en la formación de las nuevas sociedades? No siempre el producto es tan fino como ese nostálgico y delicioso artista que fué El Inca Garcilaso. El Inca, por lo demás, era el fruto de dos aristocracias que se cruzaron. Junto al Maestro español que le enseña la Lengua y los fastos de la Madre Patria, El Inca en su casa de El Cuzco recoge también de los hermanos de su madre, los recuerdos de una cultura de elevado estilo como era a la llegada de los españoles la de los «orejones» cuzqueños. Un caso muy diverso es el de esa terrible familia de La Quintrala que ha narrado en Chile, en patético cuadro histórico, don Benjamín Vicuña Mackenna. Esta familia, entre otros cruzamientos, ha recibido la de un aventurero alemán, Bartolomé Blumenthal, que los españoles llamaron Flores, con una india chilena, la Cacica de Talagante. En el fanático Santiago de Chile del siglo XVII, esta familia reúne la más hirviente pasión española con los monstruosos ritos y supersticiones indígenas. A Catalina de los Ríos y Lisperguer la llaman «La Quintrala», porque el quintral es un rojo parásito de los árboles chilenos que los oprime y los ciñe en un verdadero abrazo sexual. ¿Qué no realiza Catalina de los Ríos y Lisperguer? En ella el deseo no sufre las convenciones y los límites de toda alma civilizada: anhela y ejecuta, tiene a su disposición la rica terrateniente, una copiosa y mansa servidumbre que cumple ciegamente las órdenes de su demoníaca señora. Ve un guapo mozo y quiere hacerlo suyo; cuando el hombre se defiende contra la tremenda Mesalina, como en el caso del joven gobernador Alonso de Ribera, sus sirvientes preparan un filtro para envenenarlo. Nada se resiste a la varona brutal: los conventos de monjes, las haciendas, los

oratorios de las familias coloniales, sirven de escenario para sus violencias. La sociedad criolla ve en el cuerpo de La Quintrala el viejo demonio de la Teología cristiana y los más bárbaros y aullantes pillanes del Arauco.

Así en estas ciudades sin cultura fundadas por soldados y aventureros, donde la mezcla de razas relaja la moral y convenciones tradicionales, donde la Religión predicada al pueblo inculto o a la ignorante aristocracia feudal—como en el caso de La Quintrala—se mezcla con los más primitivos ritos mágicos de los naturales, el Eros no fiscalizado por la Inteligencia, prolifera y arraiga como en una selva bravía.

De estos instintos elementales se tiñe y se colora en el medio social incipiente, la vida del hombre colonial. Su pasión exacerbada por el medio bárbaro, su pasión que no encuentra formas culturales en que encauzarse, la vemos actuando en todo momento y aun en las cosas que parecen más nimias: en un querrela de protocolo o etiqueta, en una enrevesada interpretación religiosa, en los barrocos casos de conciencia que llevan a la consulta de los Inquisidores y sobre todo en los crímenes, en esos crímenes sin lógica, casi sin premeditación, donde siempre se agitan los convulsionados fantasmas eróticos del Honor, los Celos, la Venganza amorosa. Con la mujer no existe—hace notar Juan B. Terán (1)—otra forma de comunicación que la comunicación sexual; se la mantiene en la ignorancia, el alma mítica de la mujer colonial se exalta hasta la neurosis con las historias milagreras y la religión de terror que predicán los sacerdotes, y la ética familiar oscila entre las supersticiones y los tabús religiosos y esos otros conceptos de Honor y de Venganza, comunes a la romántica caballerescas española que el hombre de Indias acoge sin ningún espíritu crítico.

Si el placer de los sentidos le es el único apetecible, la Religión suele turbarlo junto a la mesa o el lecho festival, con sus horribles mitos o castigos. Dios y El Diablo, el justiciero y el instigador son personajes asiduos en la vida cotidiana de esa sociedad.

Como en las crónicas hagiográficas de la Edad Media, los escritores y analistas coloniales prodigan sus terroríficos ejemplos donde Dios interviene directamente para castigar el pe-

(1) «Nacimiento de la América Española».

cado o permite al Demonio que despliegue sus infernales legiones. Una cortesana de Potosí por ejemplo, está celebrando un domingo de Cuaresma—día que la Religión destina a la penitencia—una profana orgía. Entre el vino, las canciones y el desenfreno, olvidan la mujer y sus acompañantes la grave conmemoración del día. Han cerrado bien la casa para estar más libres con sus instintos. «A las doce del día, cerraron las puertas de aquella casa; pusieron la llave sobre un bufete, y apenas la hubieron cerrado, cuando oyeron unas voces que decían: «Las lagunas revientan. Alborotáronse los que dentro estaban; acudieron a coger la llave para abrir y salir a la calle, pero por castigo de Dios no pareció, ocupando media hora en buscarla. Llegó el agua, y destruyendo la casa, se ahogaron todos sin escapar ninguno». Otro día de Cuaresma (siempre estos días son propicios a la tentación diabólica) un pecador acude en demanda de su antigua amiga. La mujer se resiste por el respeto que le merece aquella conmemoración sagrada. El hombre insiste con la urgencia de su espoleada carne. Nuevamente la mujer quiere disuadirlo. Y es el momento que el Demonio está aguardando. «De pronto la mujer lanzó un grito. «Mira ese demonio que está detrás de ti, dice al hombre. «Volvió el miserable el rostro y mirando al demonio que allí estaba cayó muerto». Así el terror religioso agrega al apetito erótico su medioeval limitación, sus colores macabros.

A veces la ética social—la teoría del Honor en estas almas bárbaras, la pasión de los celos—son más brutales y fuertes, que toda convención religiosa. Aparecen entonces esos crímenes que año a año, en su humilde narración, nos transmiten los analistas de Potosí y El Cuzco. Es por ejemplo, el caso de un mercader que aparece un día colgando de un árbol en el Cementerio de El Cuzco. «Estaba con todas sus ropas, sortijas, cajas de oro y algunas monedas en el bolsillo, claro indicio de no haber sido el robo la causa del crimen. Reconocido el cadáver por el médico se le encontró en la garganta señales de haber sido ahogado, y sin lengua ni testículos, sin vestigio de sangre, por lo que se creyó haber sido cortado después de muerto (1)».

En Potosí los crímenes pasionales asumen una inaudita variedad. Sigámoslos en la relación de un cronista:

Año de 1657. Este año, doña Josefa Camargo, con un hermano suyo y dos criados, quitó la vida al rigor de azotes a una hermosa y delicada hija, porque supo tenía amores ilícitos con un caballero de España. Año de 1658.

(1) Anales de *El Cuzco*, 1600-1750, Lima, 1901. pág. 235.

Este año mismo, una noble aunque cruel señora, quitó la vida a su hermosa hija, echándole unos colchones encima, porque la había sentido preñada. Año de 1663. Doña Magdalena Téllez, señora noble, rica y viuda, riñendo en la Iglesia de la Compañía de Jesús con doña AnaRocles, mujer de don Juan Sanz de Barea, sucedió que el dicho don Juan le dió una bofetada a doña Magdalena, de que resultó aquel caso tan espantoso y decantado de los historiadores de Potosí. Casó doña Magdalena después de recibida la afrenta, con el Contador Pedro Arechua, vascongado, con la condición de que vengaría aquel agravio, porque ella no lo había de hacer, habiéndolo intentado por todos los caminos; y como Arechua no le cumpliese esta palabra, estando en Tarapaya, le quitó la vida a su esposo; y se dice haberle sacado el corazón y comido, por lo cual fué presa y llevada a Chuquisaca dándole garrote.

Estos crímenes afloran a la superficie—como la lava de una erupción volcánica—, la violencia que duerme en las almas, en las familias, en el grupo social, aparentemente amodorrado. No faltan en Potosí quienes defiendan la causa de doña Magdalena Téllez casi admirando su porfiado orgullo y quisquillosidad y la salvaje obstinación de su venganza. La Crueldad, pasión de raíz erótica, es una de las diosas malas de nuestras sociedades mestizas. La sangre, la vida humana, valen menos en ese ambiente medioeval anterior a Rousseau, a nuestro pulido humanitarismo moderno. Es, a pesar de la Iglesia y de las hipócritas formas de la cortesía colonial, la bronca sociedad de soldados, de conquistadores y siervos, que formó la Conquista.

La sociedad colonial tiene en la confesión una forma de psicoanálisis. La ornamentada casuística española del siglo XVII ha llenado los libros de devoción de morosas descripciones de pecados, en que el realismo de la raza—preveniendo todos los problemas y situaciones—, no suele omitir detalle. Contrasta esta crudeza española, con la suave religiosidad interior, que en la Francia de la misma época, predicaba Francisco de Sales. Así el libro de devoción ya instruye sobre ese mundo de imágenes y formas retorcidas que es el de la Carne y el Demonio. Y a través de los documentos eróticos y religiosos que nos ha dejado la Colonia, escuchamos todavía el siseo de los curas solicitantes y la cháchara confusa de las beatas que aportan al sacramento católico la mezcla extraña de sus sensaciones y sus chismes, y una mística casera, supersticiosa y sin espiritualidad. Los procesos inquisitoriales cuando dan el detalle realista que atañe a estas cosas emplean siempre la lengua latina que les permite—sin escándalo—, explayarse en el más inventariado

cuadro de actos y pensamientos. Y tales papeles nos enseñan como ese Eros rijoso que fué el de la sociedad de la época, no respetaba la penumbra de las sacristías ni los claustros de los conventos. No es tanto la pasión o la urgencia sexual lo que allí nos repugna sino el motivo ñoño, el conceptismo religioso o la grosera superstición de que todo se reviste. De la Teología católica, de la Mística, de la Literatura bíblica, el cura solicitante—robusto mozo que vino de España y se fué a ejercer su Ministerio a un poblachón mestizo—saca sus más capitosas flores o hace una verdadera aplicación dialéctica, para realizar la conquista de su hija de confesión. Ni aun los propios jueces morales de la Sociedad como los Inquisidores, quedan libres de ese ambiente letal, de ese relajamiento de instintos que la mezcla de razas produce en el clima de América. La Inquisición de Lima, el poderoso tribunal que dominaba las conciencias de todo el Mar Pacífico, fué varias veces sorprendida por los Visitadores que venían de España en los flagrantes delitos, en la inmoralidad de sus Ministros. Un día de 1747, llega a Lima un Visitador de la Inquisición que viene a constatar cómo los más altos jueces del Tribunal Limeño—un clérigo Calderón y un clérigo Unda—, viven en morgánico matrimonio con las casquivanas hijas del Alcaide de la Cárcel inquisitorial; tienen en los alrededores de Lima hermosas chácaras donde veranean con sus mancebas, gozan de gran predicamento en los conventos de monjas donde han ido depositando en calidad de pupilas todas las hijas bastardas. Y lo curioso del caso es que el solemne visitador que venía a hacer justicia con papeles y órdenes del Gran Inquisidor de Castilla, se siente tomado por ese ambiente muelle, extra-legal, que se respira en Lima. El enviado del Inquisidor de Castilla para llevar a España el anhelado oro de América, se dedica por medio de hábiles agentes al contrabando de mercancías; pasa con benevolencia sobre los actos simoníacos o impuros de los clérigos, viste los más lujosos manteos eclesiásticos que nunca se vieron en la Ciudad de los Reyes, pasea por la Villa—emulando al Virrey—en soberbia calesa tirada por caballos blancos.

Y de todos los procesos que con motivo de la llegada de ese Visitador, su fallo, su conducta y su regreso a España, se levantaron en Lima, sale el cuadro de una sociedad híbrida donde lo religioso es algo accesorio, superpuesto como las doradas volutas de los altares churriguerescos; y lo permanente es el carnal amor que ofrecen mujeres de tres razas, la codicia y

regalo de los frailes, las supersticiones que mezclan el rito católico con la hechicería indígena y el ardor africano (1)

Este Eros turbulento que la Colonia incubaba en el medio sin cultura de las razas que promiscuan, sigue viviendo en el alma hispanoamericana, aunque se desprenda ya del inicial terror religioso. Del fetichismo romántico que llora en las coplas mestizas de Acuña, conocidas y cantadas en toda la América, pasamos por contraste al donjuánismo criollo que mira a la mujer en la sola función del sexo, y que no ha creado para el alma femenina—como en los países sajones—la atmósfera de respeto y comunicación acogedora. La multitud criolla apetece la sangre. La Guerra civil ha sido en nuestras democracias uno como estado orgiástico, en que el subconsciente colectivo descarga su contenida violencia.

El investigador de esa zona aun mal conocida de nuestra psicología colectiva, encuentra después en las revueltas de la época democrática, en los excesos de las turbas que seguían a Melgarejo y Belzú en Bolivia, en las que victimaron a Alfaro en las calles de Quito, en pleno siglo XX, en los movimientos de los caudillos mexicanos, el rostro excitado de este Eros nuestro, que no se integra y armoniza aún en la conciencia vigilante.

De aquí que *placer* u *afecto* sean para nosotros, los móviles supremos. No aspiramos a una visión objetiva del mundo; no nos gobierna una ética trascendente como la que hizo la grandeza del puritano. Nos basta para actuar—más que el convencimiento—el arranque súbito, fundamentalmente erótico, de la Simpatía.

(1) Consúltese MEDINA: *La Inquisición en Lima* y los procesos inquisitoriales inéditos en el Archivo Histórico de Santiago.